

En el 150 aniversario de su nacimiento

# JOSE MARIA QUADRADO, HISTORIADOR (\*)



Por ALVARO SANTAMARIA  
Catedrático del Instituto  
«Ramón Llull» de Palma  
de Mallorca.

AL plantearse este ciclo conmemorativo del 150 aniversario del nacimiento de don José María Quadrado, acepté con agrado la honra de intervenir, porque me brindaba la oportunidad de entablar con don José María, en lenguaje llano y sincero, un íntimo diálogo historial, sobre la base de mis simpatías hacia su persona y mi admiración hacia su obra; el aliento de nuestros comunes afanes por cuanto toca al estudio de la historia, y el firme nexo de un entrañable e insobornable cariño a Mallorca que nos une a ambos en idénticos fervientes afectos.

El diálogo ha sido largo y tendido, pues tratábase de aproximarse a su personalidad, para apreciarlo tal como fue. Sus primicias, como avance de un empeño más esencial, componen un estudio monográfico, en el que, con sobria precisión, apretadamente, he intentado formularlas. Pero no está en mi ánimo, abusar de la benévola atención de ustedes, relatándoles el pormenor de mi conversación historial con don José María. Me limitaré a exponer, valiéndome de la cortesía que me prestan, y que agradezco de antemano, algunas afirmaciones, algunas meditaciones, en relación a aspectos importantes del quehacer histórico de Quadrado.

## Su frustración como autor dramático

Primera afirmación: Quadrado acabó siendo magistral historiador, de resultados de dos frustraciones, experimentadas en Madrid: su frustración como autor dramático; y la frustración de la hermosa quimera de concordia nacional, a la que anduvo vinculado como protagonista de primera fila, en su condición de director del periódico político «El Conciliador».

\* Conferencia pronunciada en el aula magna del Estudio General Luliano (Sección de Estudios Comunes de la Universidad de Barcelona en Palma de Mallorca) el día 3 de junio de 1969, formando parte del ciclo de conferencias organizadas bajo la iniciativa de la Universidad de Barcelona y el patrocinio del Instituto "José María Quadrado", del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Diputación Provincial de Baleares, Ayuntamientos de Palma de Mallorca y Ciudadela. Las otras conferencias fueron:

"Quadrado defensor de los monumentos de Mallorca", por D. Jaime Salvá Riera, Secretario de la Comisión de Monumentos.

"Quadrado y sus aportaciones a la génesis de la Historia del Arte español", por el Dr. D. Santiago Sebastián López, Catedrático-agregado de Historia del Arte en la Facultad de Filosofía y Letras.

"Quadrado en la historia literaria del siglo diecinueve", por el Dr. D. Angel R. Fernández González, Catedrático-agregado de Literatura Española en la Facultad de Filosofía y Letras.

Quadrado, mediado junio de 1842, cuando iba a cumplir los veintitrés años, marchó a Madrid llevado por la esperanza de triunfar, a ser posible, en el teatro, como autor dramático. Mas su experiencia mallorquina en este orden de aspiraciones, y en otros aspectos, resultó entonces de lo más desalentadora.

Quadrado, no encontró su lugar. Con apenada sorpresa, comprobó que se le discutía el pan y la sal de su literatura; que sólo se le reconocía algún talento «para el análisis y la crítica, pero no para la inventiva e imaginación»; que a sus barbas se le motejaba de poeta malo y de ensayista anticuado, desfasado; y que, como autor dramático, por entonces norte de sus ilusiones, nadie le prestaba beligerancia, aunque estuvo en tratos con la máxima figura de las tablas: Latorre.

Su natural timidez y su sentido de la dignidad y del ridículo, le coartaban; con lo que, acongojado por la tristeza, y añorando incesantemente Mallorca, Quadrado, preso de angustia, cayó en manifiesta depresión. «Tú no sabes —escribióle a Tomás Aguiló, su confidente, su alma gemela—, el amor que le estoy tomando a la soledad. No he adquirido un solo amigo, pues no tengo genio de buscar a nadie, ni de hacer el galán por el Prado, ni de remedar los modales de los otros, ni menos de dar que reír a mi espalda, con mis excepcionales, pues ciertas máximas de honradez, y nada más que de honradez —puntualiza la carta—, me han valido ciertas sonrisitas y ciertas rechiflas, que veo que, aquí, uno debe hacerse hipócrita de vicios».

Sin embargo, a lo largo del primer semestre de 1843, el panorama político nacional, muy turbulento y desasosegado bajo la férula del general progresista don Baldomero Espartero, se encapotó más y más, y, finalmente, en julio, rompió en poderosa galerna que echó a pique a don Baldomero, arrastrando a sus «ayacuchos», que naufragaron con su valiente y glorioso general. Así sonó la hora de los moderados.

### **Frustración del empeño del «Conciliador»**

La turbonada, contribuyó a poner a flote a Quadrado, sacándole del estado depresivo en que estaba consumiéndose su ánimo, a secuencia del contraste entre la realidad, mezquina y ramplona, y el noble vuelo de sus ambiciones en el ámbito de las ideas abstractas. La coyuntura, en efecto, al socaire de la apasionada lucha política, le brindó, súbitamente, un puesto como redactor político en «El Católico», donde venía ejerciendo rutinarias faenas como traductor de noticias, y publicaba, de uvas a peras, algún artículo, banal e intrascendente, al hilo de lo que salía.

Quadrado, entonces, en «El Católico», se reveló ágil y contundente polemista político, de poderosa garra; aunque no al servicio de la política, tal cual de ordinario se la entiende, sino al servicio de una política en función de sus sentimientos de católico a machamartillo, siempre presto a combatir en el comprometido palenque de la prensa, como leal y arriscado cruzado de la fe.

Como al año siguiente, en 1844, Quadrado revalidó en Mallorca, la solidez de sus principios ideológicos, en la campaña mantenida en «La Fe», revista mensual por él fundada, cuando Balmes, en 1845, con el respaldo del grupo

político y el dinero del marqués de Viluma, proyectó promover en Madrid, un periódico diario que defendiera la política de conciliación nacional, que el grupo propugnaba, pensó de inmediato en encomendar la dirección a Quadrado, considerada su agudeza, sus agallas y su propia lealtad.

Quadrado, en Madrid, en su puesto de mando de «El Conciliador», sintióse, de momento, como niño con zapatos nuevos. «Soy un director —se apresura a contarle a Tomás Aguiló—, hecho y derecho, y reconocido y proclamado tal, con plenos y absolutos poderes».

No obstante, el 9 de diciembre, tras una breve y difícil singladura de cuatro meses y 24 días, «El Conciliador», sin arriar bandera, ni retirar su «slogan», «ni revolución ni reacción, conciliación nacional», hizo aguas, luego de una navegación emotiva y azarosa, y pasó a mejor vida. ¿Había fracasado Quadrado? No. Su pilotaje, en «El Conciliador», fue modélico; pero como las heridas de la guerra civil —cual ha escrito Menéndez y Pelayo—, estaban abiertas y manaban todavía sangre, la opinión nacional no estaba en trance de sintonizar los generosos ideales de concordia.

«El Conciliador», hablaba un lenguaje que nadie quería entender; su voz se perdía en la batahola carnavalesca de las pasiones exaltadas. Los carlistas, lo tacharon de liberal y revolucionario; los liberales, de reaccionario y absolutista. Muchos años después, con cierta nostalgia, Quadrado, rememoró: «Logramos traer a nuestro campo la razón; en el opuesto, quedaron las pasiones y el recelo». Ya que no el huevo, por lo menos, cabe pensar, quedó a salvo el fuero.

Quadrado pudo seguir en Madrid, pero, en 1846, retornó aquí, a Mallorca, donde quemó sus naves y se atrincheró en el retiro del Archivo Histórico, pronto, al filo de los veintiocho años, a correr el mejor de sus caminos, que, a través de un quehacer callado, laborioso, abnegado y fecundo, tenía que llevarle a la cima de la inmortalidad, aupado por la notoriedad de sus estudios históricos.

### Una aportación monográfica: «Forenses»

En el Archivo, rebuscando entre los fondos documentales, dio, muy pronto, con un legajo importante: el «Proceso general del levantamiento foráneo» e intuyó en seguida las posibilidades historiográficas que el hallazgo le brindaba. ¿Cómo aprovecharlo? En principio, como en él latía todavía con más fuerza la vena puramente literaria que la vocación histórica, pensó estructurar una novela histórica; pero luego, quizá dándole vueltas con Tomás Aguiló —que era un teórico vanguardista de la historia— consideró más adecuado elaborar un relato ágil, a modo de crónica periodística, muy minucioso, que él denomina «historia novelesca». Y así, surgió «Forenses».

«Mis Forenses —se ufanaba don José María—, nada deben a Macaulay, a Barante, a Herculano, ni a Taine». Y llevaba razón. No buscó, deliberadamente inspiración en ninguno de los historiadores citados. Pero salta a la vista, con sólo hojear la obra que refleja, y es natural que sea así, intuitivamente si se quiere, el influjo de las corrientes caudales del momento cultural. Y en tal sentido, «Forenses», por su espíritu, es obra romántica, y por la metodología, por la forma como está estructurada, es obra positivista.

El primero en darse cuenta de la virtualidad de «Forenses», fue Tomás Aguiló, que, apenas publicada, ni corto ni perezoso, lanzó a todos los vientos la buena nueva: «Esta es la primera obra en su género en España —afirmó rotundamente—, y no es poca gloria la que resulta a Mallorca, de llevar la delantería a otras provincias». Aguiló, dijo que «Forenses», abría cauces nuevos al quehacer histórico.

Quadrado, de inmediato, solicitó y obtuvo —valiéndose de la influencia de un mallorquín de pro, don Miguel Salvá, luego obispo de Mallorca—, que la Real Academia de la Historia le nombrara, «individuo de la clase de correspondientes». Muchos años después, don Gabriel Llabrés, querido y honorable antecesor mío en la cátedra del Instituto, decía en 1919: «Han pasado setenta y tres años, y, sin embargo, «Forenses», con más solidez que un monumento ciclópeo, queda en pie. Nada se ha rectificado de ella».

Hoy, importa proclamar, a ciento veintidós años de su publicación, que «Forenses», conserva en plenitud toda su vigencia. ¿Reparos? No hay reparos, sólo, en todo caso, simples sugerencias. Quizá, por muy sorprendente que parezca, don José María Quadrado, no penetró la problemática entre foráneos y ciudadanos, en todas sus dimensiones, en toda su tremenda hondura. «Es un período —afirma Quadrado en carta autógrafa, inédita, que he tenido en mis manos, fechada el 10 de noviembre de 1847—, un suceso aislado, un trabajo muy en detalle; he creído que la minuciosidad, podía comunicar al argumento, algo del interés que no podía buscarse en su importancia.»

Tal afirmación sugiere que Quadrado vio la subversión foránea, más como circunstancia que como sustancia. No fue el levantamiento «suceso aislado», sino una subversión encuadrada en la cuestión medular de las relaciones entre la ciudad de Mallorca y las villas foráneas, tan trascendental, que en todos los tiempos integra la quinta esencia, la mismísima entraña, de la historia de Mallorca, que resulta ininteligible, sin situar la cuestión en primer plano, en el primerísimo plano que, de hecho, ocupó en la conciencia de las gentes, en el decurso de los diálogos.

En otro orden de ideas, puede pensarse que don José María, preocupado por ceñirse al máximo al relato del «Proceso general», sacrificó el léxico y hasta la sintaxis, llevado por el noble afán de lograr un cuadro palpitante y vivo. Quien desee saborear a Quadrado como prosista, como el excelente estilista que era, dado lo esmerado, conciso y elegante de su estilo, no debe hacerlo leyendo «Forenses», pues por los motivos indicados, en la obra, Quadrado, con deliberación, renunció a su habitual y magistral forma de escribir, para ajustarse, hasta en el estilo, en las locuciones, al sabor de la época historiada.

Algunos piensan que al historiar el levantamiento, Quadrado, arrimó el ascua a la sardina de los ciudadanos. No comparto tal punto de vista. Es cierto que la obra está montada esencialmente, sobre el «Proceso general», es decir, sobre documentación diligenciada por agentes residentes en la ciudad, vestidos en autoridad, tras el vencimiento de la rebeldía; con lo que, la perspectiva que resulta puede ser parcial; e incluso puede pensarse en un relato del hecho a gusto de los vencedores, de tono triunfalista. Pero Quadrado, por una parte, no enjuicia hechos, si no que se limita a relatarlos;

por otra parte, él conocía mejor que nadie, la calidad de las fuentes que utilizaba y sus peculiaridades, por lo que se mantuvo alerta, aferrado a una objetividad virgen, sin mácula.

En suma, «Forenses», es una monografía histórica de primer orden, magistral, reflejo de las corrientes vanguardistas, de nueva ola, de su momento. Y ahora, ¿qué? En nuestra hora, el levantamiento foráneo, admite tratamientos metodológicos de acuerdo con lo que las tendencias actuales demandan, que enfoquen y desarrollen la problemática ciudad-villas, al margen de anacronismos psicológicos, pero según criterios de hoy, para elaborar una perspectiva válida a los supuestos del hombre de hoy.

¿Es ello factible? Sí. Aprovechando todos los elementos documentales que utilizó don José María, más la documentación publicada por Alfons Damians, más los fondos inéditos del Archivo de la Corona de Aragón, más la documentación del Archivo Histórico de Mallorca, conocida por Quadrado, pero que no llegó a utilizar, y tratándola con los métodos de exposición, puede lograrse una versión, no magistral ni paradigmática como la de Quadrado, pero sí distinta y ajustada a lo que requiere el nivel de los estudios históricos hoy.

### Edición de la crónica de Pere Marsili

El éxito cosechado al publicar «Forenses» abrió a su vida nuevos horizontes. Por ello, tras un año de pausa, el de 1848, Quadrado, decidió acometer el estudio de otro episodio, valiéndose al efecto, del códice de la crónica del dominico Pere Marsili, existente en el Archivo Histórico. Con ello, acaso sin caer él en la cuenta, cumplía una idea de Jovellanos, que don José Barberi, notificó al ayuntamiento de Palma, en 1815, treinta y cinco años antes de que Quadrado decidiera realizarla por sus propios medios.

Quadrado, optó por editar el Marsili, al considerar que las exigencias metodológicas del momento, requerían planteamientos de origen, directos, basados en el análisis crítico de los textos; por ello se afaná en la depuración del texto, eliminando sinónimos, realizó debidamente el cotejo de códices, vertió el texto catalán al castellano y lo anotó minuciosamente.

¿Cuál es el nivel técnico de la edición? El corriente en España mediado el siglo, cuando las ediciones de fuentes comenzaban a ponerse de moda. En 1850, en efecto, los métodos de crítica de textos no estaban bien definidos todavía, pues la obra de Lachman, que al decir de Langlois, sienta época y abre cauces en la crítica científica de textos, aparece precisamente en 1850, año en que Quadrado da a luz su obra sobre la conquista de Mallorca, basada en el Marsili.

Por eso, a mi ver, lo importante de la tarea de Quadrado, más que la edición, es la anotación, destinada a actualizar la crónica de Marsili, que es índice de la erudición histórica suya, realmente sorprendente, pues valiéndose de su memoria prodigiosa, Quadrado era como una biblioteca histórica viviente.

¿Observaciones? Sólo que a Cuadrado, al anotar el Marsili, le pasaron por alto, y es natural que fuera así, los errores contenidos en la crónica real, recogidos al pie de la letra por Marsili, que han originado una curiosa

reacción en cadena de errores, en la que vienen incurriendo incluso hoy, cuantos al relatar la conquista de Mallorca, aceptan sin más la referencia de la mentada crónica real, por considerar que siendo obra, directa o por inspiración, del propio rey Conquistador constituye una fuente aceptable sin más.

En virtud de esos errores, de índole cronológica, hechos importantes acaecidos en el segundo viaje de Jaime I, cual el tratado de protectorado concluido entre Jaime I y los moros de Menorca, los vinculan al tercer viaje; y, al revés, se relacionan como sucedidos en el segundo, sucesos de interés, cual la llegada del infante don Pedro de Portugal a Mallorca, que tuvieron lugar durante el tercer viaje del monarca. Con lo cual, la perspectiva de la conquista en lo que toca a la sucesión cronológica de los hechos queda, desde hace siglos, sustancialmente deformada, ya que también Binimelis y Dameto, lo mismo que Piferrer y Joaquín María Bover, todos unánimemente, han caído como Zurita y Quadrado, en la trampa tendida por los errores de la crónica real.

### Aportación a la historia nacional

Quadrado abordó la tarea de redactar «Recuerdos y Bellezas de España», hacia 1844, y lo hizo con los bríos que le caracterizaban». Parece que Quadrado —escribía, en agosto de 1844, Pablo Piferrer a Tomás Aguiló—, ha tomado con mucha afición lo de redactar «Recuerdos».

Miquel Ferrá, certeramente, ha dicho que «Recuerdos», es como «un breviario de amor a España»; y tengo para mí que, entre todas las aportaciones de Quadrado, son las que más halagos han recibido y, quizá, merecido. De hecho, «Recuerdos», son modélicas «guías» de viaje, arquetipo del género que tanta boga ha tomado ulteriormente. Mas no son sólo meros y banales «guías» de viajes, en las que Quadrado, a lo largo de jornadas itinerantes agotadoras, pero siempre ilusionadas, captaba con su aguda retina, lo que él, con acertada intuición geográfica, denomina «fisonomía natural», y que ahora llama más «ambiente geográfico»; observándolo a lo vivo, en diálogo directo con el paisaje y el paisanaje, estudiados en el más calificado de los libros: el libro de la naturaleza.

Quadrado, por añadidura, y en ello radica el meollo de su importante quehacer histórico en «Recuerdos», actuó como esforzado «desfazedor de leyendas». El marqués de Lozoya, ha escrito que, en lo respectivo a Segovia, puso fuera de combate las fantasías contenidas «en las crónicas del arzobispo don Rodrigo, y en el falso cronicón de los obispos de Orense, Fernando y Pedro Seguino».

Mas no se trata sólo de Segovia. En «Recuerdos», Quadrado es historiador andariego, caballero andante de la historia, empeñado en la tarea fecunda, pero difícil y comprometida, como todas las cosas importantes, de buscar nuevas dimensiones a la historia patria, dignificando sus niveles de base: la historia local.

Lo ha dicho, cabalmente, don Marcelino: «Quadrado ha sido el verdadero reformador de nuestra historia local, el que la ha hecho entrar en los procedimientos técnicos modernos». Y es así. Sólo con hojear «Recuerdos», cae

uno en la cuenta de que las alabanzas que ha merecido, no han sido prodigadas a la ligera, a humo de pajas. Se nota a las claras, que Quadrado, obsesivamente, trataba siempre de hacer luz. Por eso no se limita a describir, muy puntualmente, las ciudades, aldeas y lugarejos de los itinerarios. Estudia los estímulos y tensiones sociales, los procedimientos judiciales, las formas de hacer la guerra, los arbitrios de financiación del gasto público, el desarrollo del municipio, de la administración territorial y la organización del poder central. Es decir, Quadrado, brinda una radiografía sociológica muy completa, de los territorios por los que discurre su ilusionada andadura.

Joaquín de Ciria ha rememorado, las difíciles condiciones, entre múltiples incomodidades, en que, el sufrido Quadrado practicó sus viajes de estudio para documentarse. «Usó el carromato, la galera, la caballería menor, en contados casos la diligencia, y no pocas veces el coche de San Fernando.» Se aposentaba en «medianas posadas, míseros figones o destartaladas ventas», donde quebrantados sus huesos por el trajín de la jornada, le servían huevos fritos y sopas de ajo, condimentadas con la grasa amarillenta que en Castilla y León, llamaban «unto», y que, puntualiza Ciria, «sólo resisten los estómagos acostumbrados». Después, sobreponiéndose al natural cansancio, «a la luz pestilente, la mayoría de las veces, de un candil o vela de sebo», redactaba a vuela pluma las notas del día.

Debo confesar, sin embargo, que no he podido valorar en todo su alcance las dimensiones de la obra de Quadrado en «Recuerdos», hasta que con admiración y reverencia, he tenido la gran oportunidad de examinar con emoción dichas notas, apuntes cuasi íntimos, escritas de su puño y letra, tomadas en directo, en sendos cuadernos, tamaño bolsillo, los más con cubierta de piel y algunos con el propio lápiz que él usó. Tales notas, decisivas para interpretar su técnica de trabajo, son las laboriosas subestructuras —unas veces laberínticas, en ocasiones confusas, de ordinario sugerentes—, que cimantan los perfiles, a la vez gallardos y sólidos de «Recuerdos».

Unas veces, son esbozos, a modo de guiones, en otros casos detallan más y ofrecen una redacción redonda, casi acabada. Con cierta frecuencia, entre las notas, figuran croquis, reducidos a lo más esencial, de nerviosos rasgos, ilustrados con titulaciones y lecturas aclaratorias, que estructuran plantas y trazados verticales, con detalles relativos a ventanales y portadas. En alguna ocasión, las notas, relacionan cuadros estadísticos, con datos demográficos, con expresión de número de habitantes, de viviendas, de ermitas y molinos. Pero lo que más abunda son las referencias documentales, tomadas al paso, en bibliotecas y archivos, aprovechando pergaminos y códices, en general anotados en cabales regestas y, en algún caso, transcribiendo íntegro el texto.

«Recuerdos», en definitiva, testimonia una tarea realizada a lo largo de treinta años, y quizá constituyen el fruto más logrado de la fecunda aportación historiográfica de don José María.

### **Aportación a la Historia Universal**

Tras los «Recuerdos», Quadrado dedicó cinco años a preparar y redactar la continuación del «Discurso sobre la Historia Universal» de Bossuet. Se

trató, por tanto, de una elaboración particularmente trabajosa. A Quadrado le constaba que tal obra, desde su publicación, hacia 1700, encontró decididos detractores, y que, en ciertos sectores de opinión, no gozaba de buena prensa.

Sabía que la rechazaban por considerarla obra de tesis —demostrar que la Providencia rige el acontecer histórico—, e insuficientemente informada, aun para su tiempo, especialmente en lo relativo al antiguo Oriente, al mundo griego y hasta en lo referente al mundo romano. Por ello sus detractores, tendían a apreciar el «Discurso», como obra sólo de índole teológica, carente de valor histórico.

Pero Quadrado como católico y como historiador, admiraba la obra de Bossuet, en el aspecto doctrinal porque compartía con la fe total, sin fisuras ni componendas, la concepción providencialista de la historia; en cuanto a la información, por considerar que la obra reflejaba con dignidad el nivel de conocimientos de su tiempo; y en orden al sistema expositivo, enamorado de la precisión, para él, el «Discurso», era algo así como un arquetipo de la literatura pedagógica. Por todo ello, decidió continuarla.

Menéndez y Pelayo, califica la obra de Quadrado, en el «Discurso», y personalmente comparto su criterio, «como el mejor compendio de historia moderna y el mejor ensayo de filosofía de la historia, dentro del criterio providencialista, que en estos tiempos —puntualiza—, ha aparecido en España», Quadrado, desde luego, estaba satisfecho de su aportación.

«No es trabajo de pacientes investigaciones y de sólida erudición, como los de usted —escribió Quadrado al gran hispanista francés Morel Fatio, al remitirle un ejemplar—, como reclamara tal vez mi archivero; pero es una síntesis inmensa, un esfuerzo de condensación, una de aquellas empresas colosales en que de no alcanzar lo sublime se cae en lo ridículo».

A mi ver, la obra, es una aportación maestra de la pedagogía docente, a nivel de su tiempo. Pero Quadrado tuvo que adaptarse al plan concebido por Bossuet, que suponía la división de la materia en tres partes; ahora bien, como la historia es la vida, según acaece, en secuencias de ideas y de hechos que, en natural simbiosis, se influyen y condicionan mutuamente, la compartimentación ideada por Bossuet, resultaba puro anacronismo.

Quadrado lo sabía, pero llevado por su natural delicadeza y el respeto que le merecía Bossuet, no se atrevió a alterar la estructura, considerando, cual explica Tomás Aguiló, que compartía los quebraderos de cabeza de Quadrado, que «no estaba en su libre albedrío alejarse mucho del camino ya abierto».

Fue una decisión, generosa, pero difícil de comprender. Al ajustarse Quadrado demasiado, a los ejes de marcha señalados por Bossuet, su obra, ignora, casi sistemáticamente, lo acaecido más allá del ámbito de la cristianidad, con lo que no presta la atención debida a fenómenos históricos tan importantes, por ejemplo, como los relacionados con el mundo islámico, sobre todo, en el medievo; ni atiende a ciertos factores culturales y socioeconómicos, cuya trascendencia ya había subrayado la historiografía del siglo XVIII, reducidos en el «Discurso» a referencias eventuales, de índole marginal.

Está fuera de duda la objetividad del «Discurso», y la luzidez excepcional de muchas de sus afirmaciones, pero puede pensarse que, en lo respectivo al



siglo XIX, interpreta las tensiones sociales con una mentalidad, demasiado conservadora, incluso para su tiempo. Así, en la Internacional, sólo ve «la Liga destructora que atenta por igual al orden constituido de todos», y a su juicio, todos los regímenes políticos del momento, sin ninguna excepción, carecían de virtualidad para superar la crisis que atenazaba a la humanidad y estaban, sin remisión, condenados a muerte.

Al analizar el «Discurso», según criterios metodológicos, es cuando se lamenta mayormente que Quadrado, llevado por su natural timidez, no se decidiera a realizar, en lugar de la continuación del «Discurso», «su» versión personal, todo lo providencialista que se quiera, pero exclusivamente suya, libre de las trabas impuestas por la necesidad de adaptarse a un patrón que, a comienzos del siglo XIX, estaba ya metodológicamente desfasado.

Quadrado, excepcionalmente dotado para la síntesis y con un dominio, no menos excepcional, del hecho histórico, estaba capacitado ampliamente para elaborar una historia universal modélica. En cambio la continuación del «Discurso», al aferrarse a la estructura anacrónica ideada por Bossuet, no acaba de sintonizar adecuadamente los cambios transcendentales que la humanidad vive en el siglo XIX.

La tremenda mutación derivada de los sensacionales progresos científicos y técnicos, de la revolución industrial, de la revolución de los transportes, del boom del capitalismo y de las nuevas formas económicas, escapan al «Discurso», que ignora el «Manifiesto comunista» lanzado en 1848 por Carlos Marx, y que en 1860, se hace eco del «Syllabus», pero sólo menciona en nota a pie de página, de pasada, la «Quanta Cura» y no relaciona la fundación, el mismo año, de la Asociación Internacional de Trabajadores.

Ahora bien, sin contar con tales y otros fenómenos, la dramática y esperanzadora aventura del hombre durante la modernidad, no es entendible; pues tales fenómenos se integran en lo que Bossuet consideraba, «secretas disposiciones que preparan los grandes cambios».

### **Aportación a la historia de Baleares**

La suprema y más entrañable ilusión de Quadrado como historiador, fue escribir la historia de Mallorca. Nadie como él conocía las dificultades de tal empeño, y nadie como él tan capacitado para superarlas.

«Una historia general de Mallorca —escribía a sus veintiocho años—, es una empresa penosa y de muchos años, quizá por el esfuerzo que requiere, no proporcional a su utilidad. Puede que la acometa por períodos, que es a mis ojos el único modo de escribirla».

Quadrado, con eso de «períodos», quería decir, «monografías»; o sea, su idea era montar una historia de Mallorca integrada por todas las monografías que las fuentes documentales admitieran; y para los períodos sin suficiente documentación realizar una estructura de anales, en la que los acontecimientos en lugar de ofrecerse vertebrados, se les enumera al aire de la sucesión de años.

Con vistas a ello, en 1850, lanzó la edición del Marsili, base del episodio de la conquista de Mallorca. Mas luego, no efectuó ya otras aportaciones. Y, por tanto, el tiempo sigue corriendo. Hacia 1870, comenzó a publicarse

una obra de interés capital, «Islas Baleares», promovida por el archiduque Luis Salvador; y en 1881, Alvaro Campaner, compiló el «Cronicón Mayoricense». En 1886, Quadrado insertó en Museo Balear, su estudio sobre la judería, publicado el mismo año en el Boletín de la Academia de la Historia, que es un estudio topográfico, de interés esencialmente onomástico; pero la gran empresa de la historia de Mallorca, seguía sin abordarla.

Y he aquí que, llegado a la frontera de los setenta, en 1888, —«A mi edad —dijo por entonces— no hay tiempo que perder»—, decide en lugar de elaborar «su» historia de Mallorca, actualizar la obra «Mallorca», que en 1842, había redactado Piferrer para «Recuerdos y Bellezas de España».

Quadrado, afirmaba en el prólogo, al acometer la revisión de «Mallorca», que sólo se proponía complementarla («Mejorarlo, no —afirma—; completarlo, sí»). Mas eran de tal calibre los complementos que el propio Quadrado enumera en el prólogo, al iniciar su tarea, que necesariamente el resultado de la revisión implicaba una obra nueva.

Dijo Quadrado: «No pretendo suplir con semejante resumen la historia particular de la isla o islas que por tantos años, y no sin justicia, aguardan de mí mis compatriotas». Con ello expresaba su propósito inicial al comenzar la obra de revisión; pero sobre la marcha realizó aportaciones de muchísimo mayor volumen que las previstas, con lo que felizmente «Islas Baleares» no era el «resumen» que al principio pensaba elaborar, sino un hermoso libro de unas 1.400 páginas.

¿Puede decirse que «Islas Baleares» son la historia de Mallorca? Quadrado, como en la oportunidad del «Discurso» de Bossuet, llevado probablemente por su timidez, ni se decidió a acometer «su» historia, ni a alterar el plan de Piferrer, sometiéndolo a la honda refundición que los avances de la historiografía, desde 1842, requerían, pues la estructura Piferrer adecuada a su momento ya no respondía a las exigencias de 1888.

El extraordinario e inigualado dominio que poseía Quadrado de las fuentes históricas, su gran experiencia en similares elaboraciones, y su probado talento para el análisis y la síntesis, le capacitaban excepcionalmente para elaborar una magistral historia, totalmente nueva, o bien, como sucedáneo, para reelaborar, refundiéndola la obra de Piferrer según una nueva planta. Pero no lo hizo. Ensanchó la superficie de la obra, como quien añade nuevas habitaciones a una vivienda, sin alterar ni su estructura ni su plano.

¿Reparos a «Islas Baleares»? Ninguno. Es obra esencial de primera línea, libro clásico por los siglos de los siglos de la historiografía baleárica. Aunque quizá sea del caso formular dos observaciones un tanto apenadas. Apenas que Quadrado, honra de la historiografía local española, figura primerísima de la historiografía nacional no decidiera elaborar una historia de Mallorca que respondiera al concepto que Tomás Aguiló, su alma gemela, había definido en 1850, casi cuarenta años antes.

Aguiló, entonces, ya propugnaba que la función de la historia era «arrancar la vida íntima de las generaciones, estudiar a los pueblos como a los reyes, trazar los pormenores de las costumbres y el giro y progreso de las ideas, para graduar la civilización de las sociedades», es decir, un concepto nueva ola de la historia, que se aproximaba al criterio de historia total, que es el que Quadrado, con sus geniales recursos, pudo elaborar, debió elaborar.

Apena que Quadrado cortara su interesante y preciso relato histórico en 1718, al aplicarse el decreto de Nueva Planta. «La vida pública acabó —afirma para justificar su postura—, y con ella puede decirse su historia y la historia de la Isla». Pero el hilo de la historia no acaba. El curso de la historia es como el de los ríos, que a veces se remansan plácidamente y otras se precipitan burbujeantes, saltarines, entre rápidos y cascadas, sin que sus aguas, cuando son ríos, lleguen a estancarse.

La historia de Mallorca, tras 1718, prosiguió su ritmo a su aire; y apena que Quadrado no haya elaborado su testimonio, dejándonos el legado precioso de sus propias experiencias acerca de la problemática esencial de la Mallorca que vivió y que tan profundamente conocía.

### **Las aportaciones como archivero**

Las cualidades de archivero e historiador se potencian en Quadrado en fecunda simbiosis. «¿Era más historiador que archivero? ¿Más archivero que historiador? Es cuestión banal. Era a la par historiador y archivero, aunque él, llevado por su riguroso sentido de la ética, antepusiera sus obligaciones de archivero a su vocación de historiador activo.

La obra que refleja con más peculiaridad su condición de archivero es «Privilegios y franquicias de Mallorca», que desgraciadamente emprendida su edición muy tarde, en 1895, cuando Quadrado tenía, puede decirse, un pie en el sepulcro, quedó incompleta.

¿Importante? Los «Privilegios», tal como quedan, incompletos, son contribución capital a la historiografía de Mallorca y, cara a los investigadores, la obra más fecunda de Quadrado, de consulta obligada, muy en especial para medievalistas, guía orientadora medular para el conocimiento de fondos documentales relacionados con el estudio de las instituciones.

El mismo año de su muerte, 1896, tuvo oportunidad de comenzar a editar «Informacions judiciales sobre'ls adictes a la Germania en Mallorca», según borrador preparado treinta años antes. Personalmente he constatado la corrección total de lo que Quadrado afirma respecto a la misma: «opúsculo importantísimo», «sin su conocimiento la historia más detallada que de las Germanias se emprenda, restaría siempre incompleta y manca». «Informacions» conserva plena vigencia.

### **La teoría histórica de Quadrado**

Cual es sabido, Quadrado alardeaba de su independencia respecto a partidos y escuelas, de su alergia a cuanto implicara servidumbre o encuadramiento ideológico, y se preciaba de ser, a semejanza de Balmes, exclusivamente español, después de católico, y solamente español».

En lo tocante a la naturaleza de la historia, Quadrado, de modo específico, jamás definió su pensamiento. Es más, se enfurruñaba un poco cuando alguien trataba de clasificarle, porque él, de buena fe, salvando su condición de católico y español, se consideraba inclasificable, y le molestaba que lo encuadraran, asignándole etiquetas concretas.

Y, ciertamente, si no inclasificable, Quadrado es, sin duda, de clasificación compleja, cuestionable, notoriamente polémica; pues en su interesante quehacer se armonizan sorprendidamente tendencias tan distintas como el romanticismo, el positivismo, el pragmatismo y el providencialismo, vinculado al común denominador de su condición sustancial, diamantino, de cristiano práctico.

Quadrado, genial y muy peculiar en todo, era por sus inclinaciones juveniles que dejaron su impronta a lo largo de su prolongada vivencia (77 años), romántico cristiano; por la rigurosa y exigente técnica de su quehacer histórico, por la forma como trabajaba, un positivista al ciento por ciento, aunque sólo respecto a la metodología; por su intención, por los resortes profundos que animaban su quehacer, categóricamente un pragmático; y por sus más íntimas e insobornables convicciones, un providencialista de cuerpo entero. He aquí por qué pienso, aunque pueda parecer muy sorprendente, que Quadrado, en suma, venía a ser un ecléctico cristiano.

Dijo hace medio siglo don Eduardo Dato, refiriéndose a Quadrado, que el «tiempo da la mejor medida de los merecimientos humanos». Y, en efecto, la obra de Quadrado, como el vino de solera, gana grados según el tiempo transcurre. Miguel de los Santos Oliver, en su antología necrológica de Quadrado, predecía en 1896 que pronto su nombre a las muchedumbres tornadizas, «parecería lejana reminiscencia»; pero para los que aunamos nuestro ferviente cariño, en una entrega total a Mallorca, con el afecto a Quadrado, y le consideramos como nuestro maestro y proclamamos que su quehacer, en sus líneas generales, fue modélico, su recuerdo permanecerá vivo en nuestros corazones.

«Quadrado —proclamó don Antonio Maura, otro baleárico de pro, en 1919—, se ve hoy y se verá en el porvenir engrandecido por una radiante posteridad». Nosotros en este momento damos fe de que ello es así. Quadrado, su nombre, figura en el contado escalafón de los inmortales, porque ha ganado a pulso la inmortalidad por el único camino que dignamente lleva a la inmortalidad: el que sus obras le han abierto.

## ALEMAN FUNDAMENTAL

Raíces alemanas, por el Dr. Miral y Elementos de gramática alemana,  
por el Dr. Manzanares.

ED. DE LA REVISTA «ENSEÑANZA MEDIA»

Ptas. 80